

Luis Cernuda

Birds in the night

Poema original:

El gobierno francés, ¿o fue el gobierno inglés?, puso una lápida
 En esa casa de 8 Great College Street, Camden Town, Londres,
 Adonde en una habitación Rimbaud y Verlaine, rara pareja,
 Vivieron, bebieron, trabajaron, fornicaron,
 Durante algunas breves semanas tormentosas.
 Al acto inaugural asistieron sin duda embajador y alcalde,
 Todos aquellos que fueran enemigos de Verlaine y Rimbaud cuando vivían.

Con la tristeza sórdida que va con lo que es pobre,
 No la tristeza funeral de lo que es rico sin espíritu.
 Cuando la tarde cae, como en el tiempo de ellos,
 Sobre su acera, húmedo y gris el aire, un organillo
 Suena, y los vecinos, de vuelta del trabajo,
 Bailan unos, los jóvenes, los otros van a la taberna.

Corta fue la amistad singular de Verlaine el borracho
 Y de Rimbaud el golfo, querellándose largamente.
 Mas podemos pensar que acaso un buen instante
 Hubo para los dos, al menos si recordaba cada uno
 Que dejaron atrás la madre inaguantable y la aburrida esposa.
 Pero la libertad no es de este mundo, y los libertos,
 En ruptura con todo, tuvieron que pagarla a precio alto.

Sí, estuvieron ahí, la lápida lo dice, tras el muro,
 Presos de su destino: la amistad imposible, la amargura
 De la separación, el escándalo luego; y para éste
 El proceso, la cárcel por dos años, gracias a sus costumbres
 Que sociedad y ley condenan, hoy al menos; para aquél a solas
 Errar desde un rincón a otro de la tierra,
 Huyendo a nuestro mundo y su progreso renombrado.

El silencio del uno y la locuacidad banal del otro
 Se compensaron. Rimbaud rechazó la mano que oprimía
 Su vida; Verlaine la besa, aceptando su castigo.
 Uno arrastra en el cinto el oro que ha ganado; el otro
 Lo malgasta en ajenjo y mujerzuelas. Pero ambos
 En entredicho siempre de las autoridades, de la gente

Que con trabajo ajeno se enriquece y triunfa.

Entonces hasta la negra prostituta tenía derecho de insultarlos;
Hoy, como el tiempo ha pasado, como pasa en el mundo,
Vida al margen de todo, sodomía, borrachera, versos escarnecidos,
Ya no importan en ellos, y Francia usa de ambos nombres y ambas obras
Para mayor gloria de Francia y su arte lógico.
Sus actos y sus pasos se investigan, dando al público
Detalles íntimos de sus vidas. Nadie se asusta ahora, ni protesta.

“¿Verlaine? Vaya, amigo mío, un sátiro, un verdadero sátiro.
Cuando de la mujer se trata; bien normal era el hombre,
Igual que usted y que yo. ¿Rimbaud? Católico sincero, como está demostrado”.
Y se recitan trozos del “Barco Ebrio” y del soneto a las “Vocales”.
Mas de Verlaine no se recita nada, porque no está de moda
Como el otro, del que se lanzan textos falsos en edición de lujo;
Poetas mozos de todos los países hablan mucho de él en sus provincias.

¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos?
Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio interminable
Para aquellos que vivieron por la palabra y murieron por ella,
Como Rimbaud y Verlaine. Pero el silencio allá no evita
Acá la farsa elogiosa repugnante. Alguna vez deseó uno
Que la humanidad tuviese una sola cabeza, para así cortársela.
Tal vez exageraba: si fuera sólo una cucaracha, y aplastarla.